

La rebelión de las máquinas en la trama del capitalismo algorítmico: la democracia acechada

The rebellion of the machines in the context of algorithmic capitalism: democracy under threat

Abraham González Montaña
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
ORCID: 0000-0003-3215-0030

Resumen

El concepto de *capitalismo algorítmico* describe la manera en la que las sociedades del siglo XXI funcionan a través de una modulación estructural de la existencia del ser humano a partir de datos-algoritmos, que impactan de manera directa en los ideales democráticos, como la deliberación, el desacuerdo y el consenso. En esta lógica, el capitalismo algorítmico retrata un proceso de cambio radical expresado no solamente en los ámbitos político, económico o cultural de las sociedades actuales, sino, sobre todo, en los espacios íntimos de los seres humanos, como los sentimientos, anhelos, quehaceres, emociones, formas de elegir y hasta de soñar. Su propósito es incidir sobre estos espacios para modificarlos y conducirlos a horizontes siempre capitalizables.

Abstract

The concept of *algorithmic capitalism* describes the way 21st century societies work through a structural modulation of the existence of human beings based on data-algorithms, having a direct impact on democratic ideals, such as deliberation, disagreement and consensus. In this logic, algorithmic capitalism portrays a process of radical change expressed not only in the political, economic or cultural spheres of current societies, but in the intimate spaces of human beings such as feelings, desires, chores, emotions, ways of choosing and even ways of dreaming. Its purpose is to influence into these spaces to modify and lead them to horizons that can always be capitalized.

Palabras clave

Capitalismo algorítmico, democracia, rebelión de las máquinas, desacuerdo, deliberación.

Keywords

Algorithmic capitalism, democracy, machines rebellion, disagreement, deliberation.

Fecha de recepción: diciembre 2021

Fecha de aceptación: marzo 2022

La rebelión ha comenzado: la matrix de nuestro tiempo

La trilogía de películas de *Matrix*, compuesta por *The Matrix* (Wachowski y Wachowski, 1999), *The Matrix Reloaded* (Wachowski y Wachowski, 2003a) y *The Matrix Revolutions* (Wachowski y Wachowski, 2003b), parte de una pregunta sugerente que tiene como sustento el pensamiento de Baudrillard (2012), principalmente su libro *Cultura y simulacro*: ¿qué pasaría si eso que conocemos como realidad no es más que una procesión de simulaciones que tratan de producir una serie de sentidos a la vida dentro de entornos virtuales construidos por máquinas?

Bajo ese cuestionamiento, se despliegan dos premisas que constituyen el universo de la matrix: por un lado, una multitud de personas que, al no estar conformes con su vida, se dan cuenta de que la matrix es una simulación, que pueden salir de esta y entablar una resistencia en contra de las máquinas que los cultivan y mantienen presos en cápsulas para extraerles energía; por otro, que esa resistencia tiene sentido por un elegido que guía a la humanidad en su resistencia en contra del control de las máquinas.

A raíz de este cuestionamiento, el argumento principal de esta trilogía de películas recae en la premisa de que la realidad es una simulación —llamada *matrix*— creada por máquinas para mantener a los humanos cautivos en entornos sintéticos donde prospera la paz, la estabilidad y el orden, con el único fin de extraer, de manera extensiva y controlada, energía para su conservación. En este sentido, si dicha realidad pacífica es cuestionada por los seres humanos que perciben la simulación, se les da la posibilidad de rebelarse, sin embargo, dicha revuelta se desarrolla dentro de lo previsto y es conducida de nuevo por “algoritmos cibernéticos comandados por inteligencia artificial” (Ávalos y Minor, 2021, p. 87) que no dan pie al más mínimo desacuerdo, cambio de ruta o siquiera mínima deliberación para la conducción colectiva de la existencia humana, porque eso pondría en peligro la vida de las mismas máquinas.

De esta manera, en la matrix no es posible el desarrollo de ninguna acción democrática como la elección, la representación, la deliberación o la decisión (Bovero, 2001), porque *de facto* se clausura el horizonte de libertad del sujeto, junto con su capacidad para estar en desacuerdo, contrastar ideas, llegar a consensos sobre los asuntos públicos o siquiera decidir si quiere o no estar dentro de esos entornos simulados. En suma, dentro de la matrix, no hay posibilidad para la democracia.

Ahora bien, si se quitan los efectos especiales, el mundo de la matrix y la actualidad del universo digital tienen un hilo conductor que de manera sugerente

los hermanas: la rebelión de las máquinas. En el universo de la matrix, la rebelión es explícita con máquinas por doquier que controlan los cuerpos y las mentes humanas con pleno sometimiento, pero en el mundo del siglo XXI esa rebelión es casi invisible, soportable y, muchas de las veces, deseada.

En la realidad actual no se encuentran máquinas con tentáculos que deüellan y controlan el planeta, sino plataformas digitales como Facebook, Google o Amazon que modulan, gestionan, inducen y provocan deseos, conductas, formas de ser, de sentirse, hasta de pensar y votar en las urnas por medio de algoritmos que llegan a aprender también de los usuarios, que terminan por saber mejor que ellos lo que les gusta, lo que harán, consumirán y desearán en el instante o en el futuro próximo. Si la matrix resulta aterradora, el capitalismo algorítmico podría ser incluso más terrorífico, porque, sin coerción ni sometimiento alguno, hace lo mismo que la inteligencia artificial de la matrix: modular la existencia de los sujetos en totalidad.

La emergencia del capitalismo algorítmico

El surgimiento del internet ha significado un cambio vertiginoso en las últimas décadas para la humanidad y el capitalismo, donde cinco elementos permitieron su florecimiento y configuración hasta la fecha:

1. La generación de las computadoras personales y su ingreso en el hogar y en las empresas en la década de los ochenta. Dos compañías impulsaron este proceso de manera constante: Microsoft y Apple. La primera tuvo como ventaja competitiva su software, que le permitía al usuario realizar tareas concretas en el momento por medio de comandos específicos, mientras que la segunda se enfocó en el hardware, con el fin de brindarle al usuario experiencias intuitivas e inmersivas en el ordenador para favorecer y consolidar una relación sincrética entre las máquinas y los usuarios (Sadin, 2017).
2. La configuración del lenguaje HTML, creado por Tim Berners-Lee en 1989, el cual dio forma al primer servidor web y con ello al nacimiento masivo del internet tal y como la conocemos (un espacio con páginas web y sitios que, por medio de este lenguaje, se operativizan colectivamente para presentar contenido); transformó a los sujetos en usuarios que podían expresar, crear o consumir lo que la red les ofrecía y lo que estos tenían por ofrecerle (Zuazo, 2015).
3. El nacimiento de los algoritmos como máquinas abstractas o, como dice Finn (2018), *máquinas culturales*, significó la entrada del operador más exitoso del mundo digital, dado que estructuró y sigue estructurando el campo de lo sensible de los usuarios conforme a una estrategia de

modulación de prácticas, conductas, formas de ser y existir tanto en el mundo virtual como en el material. Ejemplo de ello es Google y el primer algoritmo del mundo digital constituido en 1999, denominado PageRank, que tiene un solo objetivo, según la visión de sus creadores Larry Page y Sergey Brin: organizar toda la información del mundo y así presentarla de manera dirigida y perfilada a los deseos, clics y, por ende, gustos de cada usuario del buscador (Zuazo, 2018).

4. La configuración de internet como el espacio propicio y único para el despliegue de las plataformas virtuales, que “son infraestructuras digitales que permiten que dos o más grupos interactúen. De esta manera, se posicionan como intermediarias que reúnen a diferentes usuarios: clientes, anunciantes, proveedores de servicios, productores, distribuidores e incluso objetos físicos” (Srnicek, 2018, p. 45). Los ejemplos más emblemáticos de plataformas digitales son las redes sociales como Facebook o el supermercado virtual más grande de la época, Amazon.
5. A la par del desarrollo de las plataformas digitales, se inventan y comercializan masivamente los teléfonos inteligentes, junto con sus servicios de aplicaciones móviles, lo que implica la expansión masiva, por doquier y en todo lugar de internet, y su conexión, que se da de manera inalámbrica y a toda hora. Si con la computadora la premisa del espacio abierto y el tiempo 24/7 para los usuarios comenzaba a ser una gran posibilidad, para el mundo de los *smartphones* es un hecho; el ser se ha quedado sin tiempo y sin la necesidad de un espacio concreto, como dice Manuel Cruz (2016), porque hay una conexión total y en todo momento. Aún más, la entrada de los teléfonos inteligentes es el momento en que el mundo digital se consolida en un “cuerpo-interfaz” (Sadin, 2017, p. 56) que amalgama no solo los cuerpos con los objetos técnico-digitales, sino que instaura una relación abierta de las emociones, las conductas, las prácticas, los pensamientos y los sentires con el mundo de las pantallas virtuales.

Ahora bien, a partir de estos cinco elementos contextuales que devinieron en las últimas tres décadas, se dio pie a una serie de cambios vertiginosos en la vida común y corriente de las personas. Tan acelerado fue el cambio, que empezó a ser nombrado de múltiples maneras. Por ejemplo, Gilles Deleuze (2014), al inicio de la década de los 90, comenzó a ver esta serie de cambios que señaló como elementos que componían un nuevo tipo de sociedad, las sociedades de control, que eran una nueva formación histórica que suplía a las sociedades disciplinarias descritas por su amigo Michel Foucault (2009), dado que, más allá de establecer procesos de domesticación masivos a través de ciertas espa-

cialidades y temporalidades (fábricas, escuelas, milicia, hospitales, centros psiquiátricos, cárceles) sobre los cuerpos para que estos estuvieran optimizados para la producción industrial, el naciente control visto por Deleuze procede de forma *soft*, más delicada y cuidadosa. En esta forma, de lo que se trata es de estructurar ya no simplemente la corporalidad de los sujetos, sino modular sus prácticas, emociones, deseos, gustos, formas de ser y existir en el mundo. El control no reprime, el control induce, motiva, forma, por eso “el control se ejerce a corto plazo mediante una rotación rápida e ilimitada” (Deleuze, 2014, p. 284) y en momentos, imperceptible por medio de un lenguaje numérico-digital que deviene, por supuesto, en territorios algorítmicos que insertan la vida a sus cadenas binarias.

Ya en el siglo XXI, Lipovetsky (2013) engloba estos cambios disruptivos bajo el título de “hipercapitalismo”. En él, la sociedad entra en un estado de ligereza absoluta a raíz de las nuevas prácticas tecnodigitales que transforman de manera radical las relaciones intersubjetivas de los seres humanos hacia la otredad, la *physis* y los objetos. De esta forma, configuran espacios donde “la vida de los individuos está caracterizada por la inestabilidad, entregada como está al cambio perpetuo, a lo efímero, al nomadismo” (Lipovetsky, 2016, p. 11). Es así, dado que la única constante es el hiperconsumo del sujeto contemporáneo por medio de plataformas electrónicas que, a la distancia de un clic, permiten comprar tan rápido como se tarda en desechar eso que consume. En definitiva, el hipercapitalismo describe una sociedad que produce una estética peculiar del derroche, del consumo exhaustivo de experiencias y objetos con un único fin: satisfacer hasta los deseos que jamás se creyó desear (Lipovetsky y Serroy, 2019).

En esta misma tónica de Lipovetsky, se inscriben tanto Bauman (2013) como Ulrich Beck (2000). El primero entiende y describe la época como un estadio donde toda relación se convierte en “líquida”, dado que lo anquilosado de la sociedad industrial (la homogeneidad, los Estados-nación, las fronteras, los grandes deberes o los roles definidos para las masas) entra en una crisis generalizada para dar paso a disrupciones peculiares de la vida en levedad, la cual no tiene ni un deber impuesto y mucho menos una obligación que deba cumplir el individuo contemporáneo. Por su lado, Ulrich Beck (2000) describe estos cambios con el nombre de “la sociedad del riesgo global”. Explica que estos nuevos cambios que abre la sociedad en red no solo implican una mayor integración mundial de las personas a raíz de la globalización en internet, sino también enfrenta mayores riesgos como el cambio climático por esta tendencia hiperconsumista y el papel que juegan las nuevas tecnologías en la devastación del planeta.

Por último, ya entrada la segunda década del siglo XXI, hay un cambio radical en la existencia de los sujetos por el efecto virulento de las grandes empresas digitales a través de las redes sociales, la compra masiva de teléfonos

inteligentes, buscadores virtuales o aplicaciones para el consumo de servicios o mercancías en línea. Se llega así a la noción de “capitalismo de plataformas”, propuesta por Nick Srnicek (2018) y “capitalismo de vigilancia”, propuesta por Shoshana Zuboff (2020).

En lo que refiere al capitalismo de plataformas, Srnicek (2018) lo define como aquella estructura en la que las empresas prototipo para la generación y reproducción de capital en el siglo XXI son las plataformas digitales que, a partir de la extracción y el procesamiento de datos por medio de algoritmos, logran configurar un escenario para ofertar servicios, mercancías o publicidad y producir, a su vez, todo tipo de herramientas u objetos tecnológicos que favorezcan la inmersión cada más vez más constante de los usuarios en dichos espacios cibernéticos. Ante ello, Srnicek (2018) menciona que el capitalismo de plataformas es estructurado por cinco prototipos de estas:

Las plataformas publicitarias (como Google o Facebook), que extraen información de los usuarios, llevan a cabo un trabajo de análisis y luego usan los productos de ese proceso para vender espacio publicitario [...] *las plataformas de la nube* (como Amazon Web Services-AWS- o Salesforce), que son propietarias del hardware y del software de negocios que dependen de lo digital y que los rentan de acuerdo con necesidades [...] *las plataformas industriales* (como Rolls Royce o Spotify), que generan ganancias mediante el uso de otras plataformas para transformar un bien tradicional en un servicio y cobrar por ellos un alquiler o una tasa de suscripción [...] *las plataformas austeras* (como Uber o Airbnb), que intentan reducir a un mínimo los activos de los que son propietarias y obtener ganancias mediante la mayor reducción de costos posible (p. 50).

En cuanto a la definición de capitalismo de vigilancia, Shoshana Zuboff (2020) comenta que este tiene una singularidad estructural: totaliza la experiencia humana explotándola con el fin de extraer constantemente datos a través de las plataformas digitales y así fabricar “productos predictivos que prevén lo que cualquiera de ustedes hará ahora, en breve y más adelante” (p. 21), mediante algoritmos sofisticados para venderlos al mejor postor y para los fines que este desee, ya sean comerciales, políticos o simbólico-culturales.

De esta forma, el capitalismo de vigilancia no solamente extrae datos, sino que construye modelos que incitan, persuaden y estimulan a los usuarios a comportarse e interactuar de cierta manera para que así produzcan, sin saberlo, resultados esperados en cuanto sujetos intervenidos. Por ello, no es de extrañarse que “los procesos automatizados llevados a cabo por máquinas no solo conocen nuestra conducta, sino que también moldean nuestros comportamientos en igual medida” (Zuboff, 2020, p. 21).

Ahora bien, esta serie de concepciones problematizan una multiplicidad de cuestiones que la sociedad contemporánea experimenta en su habitar común a raíz de la gran transformación tecnodigital de las últimas tres décadas, a partir de los elementos dichos. Sin embargo, hay una que resulta fundamental para el proceder estructural y en conjunto del mundo digital: los datos/algoritmos.

En este sentido, así como en la era industrial el capital se reproducía bajo la producción masiva de mercancías, en la era digital, el capital se reproduce a través de la dupla datos/algoritmos. De esta manera, y partiendo de la premisa de Marx (1989), de que el núcleo básico en cuanto punto de partida y de llegada de toda sociedad capitalista clásica es el capital a través y por medio de la producción industrial, puede decirse que el punto de partida y de llegada de la sociedad tecnodigital es también el capital, pero ahora con una producción extensiva de datos y algoritmos, ya no necesariamente de solo producción industrial. Por ello, he aquí la emergencia del capitalismo en su versión algorítmica o, como se propone llamarlo, el nacimiento del capitalismo algorítmico.

Capitalismo algorítmico

Deleuze y Guattari (2013), en su texto *¿Qué es la filosofía?*, con sustento en Nietzsche, mencionan que la principal tarea de los filósofos no es limitarse a retomar y lustrar los conceptos heredados del pasado que servían para analizar, generalmente, un contexto en particular, sino la de crear conceptos, inventarlos, proponerlos para pensar los problemas que aquejan a la actualidad, al siempre renovado presente; para ello, primero tendrá que verse la composición de los rasgos distintivos que le dan forma a todo concepto.

En este sentido, antes de proponer una definición del capitalismo algorítmico, es medular conocer los rasgos constitutivos que lo definen y las problemáticas que lo componen con dos grandes premisas en mente. La primera es que el capitalismo algorítmico es un aparato de captura que, a través de plataformas digitales, extrae de forma extensiva datos de los usuarios que ellos mismos, sin coerción alguna, comparten deliberadamente en sus actividades cotidianas (desde manejar con Google Maps, pedir comida por Uber Eats, comprar en Amazon, navegar por Google, interactuar en Facebook, ver imágenes, en Instagram, videos en YouTube o escribir en 180 caracteres en Twitter). Mientras esto sucede, las empresas digitales se postran como un campo de inscripción deliberado y seductor para dichos fines con un objetivo: acaparar la atención de los usuarios para que estos no dejen de interactuar en sus plataformas y así no se deje de producir la huella rastreable de los datos que se producen.

De esta manera, si el capitalismo industrial se jacta de tener una explotación sobre los seres humanos a través de su fuerza de trabajo, el capitalismo

algorítmico hace aparecer una nueva explotación extensiva, ya no solo de los cuerpos, sino de la existencia misma de los seres humanos que comparten voluntariamente su vida, sus gustos, deseos, anhelos, preferencias sexuales, políticas, económicas y culturales. Tal información compartida deja huella y no desaparece de los campos de inscripción de Google, Facebook o cualquier otra plataforma digital.

En segunda, toda extracción y recopilación de datos, como mencionan Antoinette Rouvroy y Thomas Berns (2018), requiere un tratamiento singular para generar más datos que resulten significativos para los fines que busquen las plataformas cibernéticas. Aquí es donde entran los algoritmos, dado que estos “constituyen la pieza clave de la gestión de los datos en el mundo digital” (Fernández-Vicente, 2020, p. 5).

Los algoritmos, en primera instancia, son “recetas, fórmulas y series finitas de pasos encaminadas a obtener un resultado: una especie de automatización del pensamiento” (Fernández-Vicente, 2020, p. 5). En segunda instancia, dentro de la era digital desarrollada que se da a partir de la segunda década del siglo XXI, los algoritmos son ese medio de procesamiento de grandes cantidades de datos (proceso conocido como *data mining*) para encontrar patrones conductuales de los usuarios. Estos permiten prever una serie de posibilidades para anticipar escenarios, conductas y hasta sensaciones y, a su vez, tratar de modular algunas de esas posibilidades con el fin de orientar y, sobre todo, sugerir al usuario qué puede hacer e influenciarlo sobre cómo puede actuar, desear o pensar sobre algún fenómeno capitalizable dentro de las plataformas virtuales. Llegan al extremo de saber aún mejor que el usuario qué película le gustará más en Netflix, cuál lista de música disfrutará más con Spotify o qué mercancía deseará aun sin haberla deseado; lo logran mediante la publicidad dirigida de Facebook o Google que conducen a sitios como Amazon o Mercado Libre para poder comprarla.

Por ello, en los márgenes del capitalismo algorítmico, es imposible, como lo afirma también Sadin (2018), que haya una gubernamentalidad en clave foucaultiana (Foucault, 2010a) tal y como lo sugieren Antoinette Rouvroy y Thomas Berns (2018), dado que la actividad que realiza el capitalismo algorítmico no trata de moldear el campo de acción de los otros junto con sus cuerpos (como lo hacían las disciplinas descritas ampliamente por Foucault), sino de modular la existencia de manera constante y performativa. Como dicen Isai González y Jimena Lee (2020), la actividad de la modulación “supone un acto no solo incesante y formante/deformante, sino multivectorial, fluctuante hasta el agotamiento” (p. 192), por lo que, el capitalismo algorítmico produce “una organización específica de la información en vistas de ejercer un poder de influencia sobre nuestros usos (duración de las consultas, emisiones de *posteos*,

actos de compra...), que, en última instancia, son incumbencia de cada cual” (Sadin, 2018, p. 132). Yo agregaría que son un poder de influencia también sobre las prácticas de los usuarios, que entreteje la cotidianeidad de la vida con los objetos inteligentes que la acompañan, como lo es el difundido *smartphone*, los relojes o los hogares inteligentes.

De igual forma, a los algoritmos, para alcanzar una eficiencia constante en su triple accionar descrito (organizar, procesar/prever y modular), se les implanta, por lo menos en los últimos años, un proceder peculiar para aprender por sí mismos y sin la necesidad de una programación previa, con la finalidad de realizar tareas de forma autónoma, siguiendo el mismo proceso de identificación y ordenación de datos. A dicho proceso se le conoce como *machine learning*. Este aprendizaje de las máquinas a través de los algoritmos, según Sadin (2020), se desarrolla de tres maneras distintas: por aprendizaje supervisado (aprendizaje previo de una serie de datos definidos y que al momento de realizar tareas encomendadas y recurrentes profundizan el conocimiento del sistema), por aprendizaje no supervisado (los algoritmos no cuentan con datos previos, sino que, a través del caos desorganizado de bases de datos, estos encuentran patrones para organizarlos y darle sentido a la información para poder capitalizarla), y por aprendizaje por refuerzo (los algoritmos aprenden a partir de su propia experiencia, de su propio devenir).

Con la finalidad de esclarecer este proceder, Cathy O’Neil (2017) pone un ejemplo de lo que hace el *machine learning*:

Un programa de publicidad puede empezar con los habituales datos demográficos y geográficos, pero al cabo de varias semanas y meses, empieza a aprender los patrones de las personas que está seleccionando y a hacer predicciones sobre su siguiente movimiento. Con el tiempo, acaba conociéndolas. Y si se trata de un programa depredador, evalúa sus debilidades y vulnerabilidades y opta por la mejor vía para explotarlas (p. 97).

Los algoritmos, en su proceder autorreferenciado y con el autoaprendizaje, configuran el último eslabón para el capitalismo algorítmico, que es la posibilidad infinita para no parar de conocer al usuario y llegar a saber mejor que este qué es lo que le conviene más hacer con su existencia, al tener una única finalidad: el “hacer que cada uno sea verdaderamente uno mismo” (Rouvroy y Berns, 2018, p. 129).

Una vez configuradas las dos premisas constitutivas del capitalismo algorítmico, puede definirse este como aquella estructura tecnoeconómica que produce entornos político-culturales —conocidos como *plataformas digitales*— que funcionan como espacios de inscripción. Por ello, son propicios para la extrac-

ción masiva de datos y su procesamiento algorítmico para construir horizontes de sentido posibles y probables, y así proceder a modular la existencia de los sujetos de manera constante e ininterrumpida por medio de máquinas inteligentes (*machine learning*) que tienen un objetivo: colonizar todo sentimiento, pensamiento probable, deseo posible o actuar capitalizable.

De esta manera, el capitalismo algorítmico es el producto mejor armado para consolidar el gran sueño del capital: ser una sustancia epidérmica que no solo se exprese en la producción y la explotación del trabajo, sino en las partes más ínfimas de la vida, como los deseos, las afecciones, las emociones y los sentimientos. Si el capitalismo industrial estaba en la captura y el pleno dominio de la *physis* (naturaleza), el capitalismo algorítmico lleva a horizontes insospechados el control y ahora trata de totalizar el campo de la existencia humana junto con su imprevisibilidad, serendipia, error y contingencia. El capitalismo algorítmico pone en riesgo la humanidad del ser en cuanto a su versatilidad performática y da el último impulso para el fin del mundo, llegando a cumplir la sentencia que ya formulaba Walter Benjamin (1973):

La humanidad, que antaño, en Homero, era un objeto de espectáculo para los dioses olímpicos, se ha convertido ahora en espectáculo de sí misma. Su autoalienación ha alcanzado un grado que le permite vivir su propia destrucción como un goce estético de primer orden. Este es el esteticismo de la política que el fascismo propugna (p. 57).

La rebelión de las máquinas y el oscurecimiento de la democracia

En 2016, durante un concurso literario en Japón llamado Nikkei Hoshi Shinichi, quedó como finalista una novela que llevaba un sugerente título: *El día que un ordenador escribe una novela*, que describía a la perfección a su autor: una máquina. Dicho proceso tuvo un acompañamiento por personas, sin embargo, el texto en gran parte proviene de la inteligencia artificial de los ordenadores a través del despliegue algorítmico (Blanco, 2016). De manera similar y en el mismo año, se presentó una pintura denominada *The next Rembrandt (El próximo Rembrandt)*, una obra de arte que recrea a la perfección, por medio de algoritmos, a Rembrandt, tanto sus trazos como sus facetas (Esteban, 2020).

Los dos ejemplos anteriores pueden llegar a parecer algo inofensivo que muestra los grandes avances a los que ha llegado el ser humano en el siglo XXI, sin embargo, merecen su debida atención, dado que, en primer lugar, muestran no solo las nuevas capacidades mejoradas a cada instante por parte de las máquinas y sus algoritmos, sino que dan cuenta cada vez más de una autonomía

que, si bien no está en contra del ser humano, sí trae la semilla para suplir sus imperfecciones o, en definitiva, modular las imprecisiones que comete este dentro de la contingencia de la existencia misma. En segundo lugar, se pone de relieve la tentativa suprema del capitalismo algorítmico, como se ha comentado con antelación: “Lanzarse al asalto de la vida, de toda la vida” (Sadin, 2018, p. 147). La rebelión, como puede apreciarse, ha comenzado.

Este asalto de la vida por parte del capitalismo algorítmico no solo incursiona en las esferas estéticas y literarias de la existencia del ser humano, sino también en el terreno político y, con ello, en la estructuración del sentido de la vida colectiva de los ciudadanos en cuanto a sus relaciones, interacciones e interdependencias. Por ello, la rebelión de las máquinas deviene extensivamente en el momento en que el capitalismo algorítmico quiere colonizar todo aspecto de la existencia mundana del ser, desde lo que siente, lo emociona, lo inspira, hasta cómo debe este participar públicamente, qué debe pensar, de qué forma debe votar, qué expresión política debe compartir y defender o cómo debe comportarse con respecto a tal o cual asunto público. El capitalismo algorítmico entraña una rebelión profunda de las máquinas en contra de toda la existencia del ser humano con el fin de suplir el posible error, el probable desvío, la constante imprecisión.

En este sentido, a raíz de la gestión y la modulación total de la vida por cadenas interminables de algoritmos es como se da pie a un ocaso sin igual de la democracia. Antes de la difusión masiva del internet y el surgimiento de las plataformas virtuales, el sueño que inspiraban estos espacios era el de cumplimentar una idea de libertad olvidada que se desarrollase a partir de una transparencia cuasitotal y una apertura irrestricta de los espacios digitales que dieran pie a un impulso democratizador en la forma de vida de los usuarios, al favorecer la comunicación y la discusión sin intermediario alguno; sin embargo, a la fecha, no se ha visto del todo eso, tal y como lo sostiene Daniel Innerarity (2012). Como dijese el Comité Invisible (2015), “cada época sueña con la siguiente, aun cuando el sueño de una puede convertirse en la pesadilla cotidiana de otra” (p. 44).

Asimismo, y ya con el desarrollo de la red y las plataformas digitales, lo que terminó por suceder en gran medida fue un fenómeno singular a raíz del ordenamiento algorítmico de las principales redes sociales (Facebook, YouTube y Google) que aglomeran a más de la mitad de la población mundial (We Are Social, 2021): la conformación de una máquina-espejo, donde lo único que se refleja es al usuario mismo junto con sus intereses, deseos, gustos y aspiraciones expresadas en sus motores de búsqueda (Google), su círculo de amigos (Facebook) y hasta en los videos que le gustarán sin siquiera haberlos visto (YouTube). A este proceder también se la ha llamado *el filtro burbuja*, propuesta teórica de Eli Pariser (2017).

Ahora bien, ¿cuál es el problema de que las plataformas digitales se conformen como máquinas-espejo que reflejan al individuo a cabalidad a través de lo que puede ver o no en las pantallas y, en consecuencia, también fuera de ellas? Que, al solo reflejar inversamente al usuario, las plataformas digitales del capitalismo algorítmico hacen desaparecer por entero la otredad y al desaparecer esta lo que se diluye es la posibilidad para el desarrollo de prácticas democráticas que solo son posibles con la figura del otro.

En este hilo conductor, la desaparición de la otredad se da por un proceso cuasi imperceptible a través del *perflaje algorítmico* (Rouvroy y Berns, 2018, p. 128), dado que las plataformas digitales, al alimentarse constantemente de los datos particulares de cada usuario, construyen modelos personalizados que presentan lo que a este más podría gustarle, interesarle o desear. De esta manera funciona el motor de búsqueda de Google, que ordena la información que presenta de forma particularizada a cada usuario según los datos que este le ha dado a través de sus búsquedas, jerarquiza información y hace visible lo que más se acopla a su personalidad e intereses. Este proceder también funciona en Facebook, que construye esferas de “amigos” que comparten intereses, visiones del mundo, opiniones políticas, gustos de música, eventos, etcétera. Lo anterior se traduce en una producción incesante de feudos digitales que funcionan como una caja de resonancia de la mismitud, de lo siempre igual, lo cual asegura una desaparición de lo otro como diferencia, alteridad y afección; de esta forma, se diluye toda posibilidad de interpelación del sujeto digital por medio de prácticas democráticas, como puede ser el desacuerdo para visibilizar el reparto de lo sensible en pro de la igualdad (Rancière, 1996); el disenso, un ejercicio agónico entre el pluralismo político y la contienda política por los espacios contingentes de la representación popular de manera pacífica y abierta (Arditi, 2012); y el consenso, como horizonte de sentido para la comunión entre plurales en los espacios públicos en favor de la colectividad (Mori, 2014).

Aún más, esta desaparición de la otredad se conjuga con la modulación estructural del capitalismo algorítmico. En ella, no se trata simplemente de alejar lo discordante de la contraposición de maneras de pensar, ver, percibir y sentir el mundo para así evitar el diálogo, los debates y los cambios de puntos de vista, sino, a la par, de generar máquinas algorítmicas que sirvan para entablar servidumbres voluntarias que definan elecciones en el mundo. Ejemplo de ello es el tan ahora conocido caso de Cambridge Analytica, empresa que, a partir de análisis de datos, desarrolló algoritmos para cambiar preferencias y comportamientos de públicos hacia escenarios políticos favorables a un contendiente (Trump) en la campaña de 2016 en los Estados Unidos de América. Dicha estrategia no solo elaboró publicidad personalizada a los usuarios de Facebook, sino que desarrolló *fake news* (noticias falsas) que perfilaban a estos

a formarse opiniones y prácticas para favorecer de manera particular a este candidato presidencial. La estrategia funcionó, Trump llegó a la Casa Blanca en parte por la maquinaria algorítmica de la vida digital.

En definitiva, el capitalismo algorítmico pone en jaque a la democracia y su espíritu, como lo nombra Jean-Luc Nancy (2009), dado que cancela *de facto* sus dos fundamentos creadores: por un lado, suprime el compromiso que entabla la democracia hacia el ser humano, al negar tanto la incertidumbre —riesgo, cambio, movimiento— que lo envuelve, como su capacidad creadora donde el hombre “supera infinitamente al hombre” (p. 32); y, por otro, rechaza los medios y el motor de la democracia por mantener espacios abiertos y propicios para la interacción de la diferencia, lo diverso, lo heterogéneo y lo plural como mecanismos de entendimiento y creación de sentido político.

La democracia quiere decir que ni la muerte ni la vida valen por sí mismas, y que sólo vale la existencia compartida en cuanto allí se expone a su ausencia de sentido último como a su verdadero —e infinito— sentido de ser (p. 54).

Mientras lo anterior ocurre, el capitalismo algorítmico totaliza los espacios digitales, que sumergen al ser en entornos solipsistas. Estos deshacen toda experiencia compartida y lo introducen a una servidumbre tecnodigital donde al único que ve siempre reflejado es a sí mismo.

Conclusiones

Al inicio del siglo XXI, la esperanza por la era del internet y el desarrollo del mundo digital llegó a significar el cumplimiento de una esperanza añeja heredada de la Ilustración: la libertad. Sin embargo, ese cumplimiento pasaba no por el ser humano, sino por el asombro de todo lo que las máquinas podían hacer y ayudar a cumplir. Dos décadas después, el horizonte se ha tornado en todo menos que libre.

El capitalismo algorítmico ha emprendido una encrucijada y su apuesta es máxima: no solo quiere seguir reclamando el dominio de la naturaleza hasta su aniquilación, sino que ahora reclama en su totalidad el universo de la vida a través de una estrategia simple: modular toda existencia posible del ser humano, hasta que este vea su propia aniquilación con un placer estético sin igual, recordando, una vez más, a Walter Benjamin (1973). Tan avanzado está ese proceso, que el capitalismo algorítmico ha logrado que tanto oponerse a él como defenderlo a ultranza sean actos igualmente capitalistas.

Habrà que tener presentes dos cosas fundamentales que plantea la vida en los entornos del capitalismo algorítmico. La primera es el recordatorio que

hace Michel Foucault (2010b) sobre este sueño o esperanza de tener máquinas liberadoras, porque la libertad jamás podrá encontrarse allí.

Por definición no hay máquinas de libertad. Garantizar la libertad no es algo que corresponda a la estructura de las cosas. La libertad es una práctica. Nada es funcionalmente liberador. La libertad es lo que debe ejercitarse, la garantía de la libertad es la libertad (pp. 57-58).

La segunda es que la vida y su defensa están siempre fuera del ordenador.

Referencias

- Arditi, B. (2012). Sobre lo político: Schmitt contra Schmitt. *Revista de El Colegio de San Luis, Nueva Época*, 3(3), 11-41.
- Ávalos, G. y Minor, J. (2021). La ciberpolítica, el *pathos* postmoderno y el eclipse de la razón. En D. Lizarazo Arias, M. Andiñ Gamboa y E. Andiñ Gamboa (Coords.), *Horizontes digitales. Rupturas e interrogaciones en la reconfiguración sociodigital contemporánea*. Ciudad de México, México: Universidad Autónoma Metropolitana y Gedisa.
- Baudrillard, J. (2012). *Cultura y simulacro*. Barcelona, España: Kairós.
- Bauman, Z. (2013). *Vida líquida*. Ciudad de México, México: Paidós.
- Beck, U. (2000). *La sociedad del riesgo global*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Benjamin, W. (1973). *Discursos interrumpidos I*. Madrid, España: Taurus.
- Blanco, J. M. (2016, 22 de abril). Este libro lo han escrito mano a mano una persona y un robot. *El Diario*. Recuperado de https://www.eldiario.es/hojaderouter/tecnologia/software/narrativa-novela-algoritmo-robots-inteligencia-artificial_1_4037614.html
- Bovero, M. (2001). Gramática de la democracia. Principios y desarrollos. En *Teoría de la democracia. Dos perspectivas comparadas* (pp. 33-53). Ciudad de México, México: Instituto Federal Electoral.
- Cruz, M. (2016). *Ser sin tiempo*. Barcelona, España: Herder.
- Comité Invisible (2015). Fuck off Google. En *La hipótesis cibernética* (pp. 29-59). Madrid, España: Acuarela Libros y Machado Grupo de Distribución.
- Deleuze, G. (2014). Post-scriptum sobre las sociedades de control. En *Conversaciones*. Valencia, España: Pre-textos.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2013). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona, España: Anagrama.
- Esteban, P. (2020, 2 de febrero). Cuando el robot pinta como Rembrandt. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/economia/2020/01/31/actualidad/1580472914_468275.html
- Fernández-Vicente, A. (2020). Hacia una teoría crítica de la razón algorítmica. *Palabra Clave*, 23(2). http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0122-82852020000200002

- Finn, E. (2018). *La búsqueda del algoritmo: imaginación en la era de la informática*. Barcelona, España: Alpha Decay.
- Foucault, M. (2010a). La gubernamentalidad. En *Obras esenciales. Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona, España: Paidós.
- Foucault, M. (2010b). *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- González, I. y Lee, J. (2020). Sociedades de control y agenciamiento de desarrollo. *Controle Social e Desenvolvimento Territorial*, 6(9), pp. 182-207.
- Innerarity, D. (2012). Desenredar una ilusión: notas para una teoría crítica de la democracia digital. En S. Champeau y D. Innerarity (Coords.), *Internet y el futuro de la democracia* (pp. 37-43). Barcelona, España: Paidós.
- Lipovetsky, G. (2016). *De la ligereza. Hacia una civilización de lo ligero*, Barcelona, España: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2013). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona, España: Anagrama.
- Lipovetsky, G. y Serroy, J. (2019). *La estetización del mundo. Vivir en la época del capitalismo artístico*. Barcelona, España: Anagrama.
- Marx, K. (1989). *Introducción general a la crítica de la economía política*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Mori, L. (2014). El consenso como concepto filosófico-político: contribución a la historia y a la recomposición de un rompecabezas teórico. *Eidos*, 21, 12-41.
- Nancy, J. L. (2009). *La verdad de la democracia*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- O'Neil, C. (2017). *Armas de destrucción matemática: Cómo el Big Data aumenta la desigualdad y amenaza la democracia*. Madrid, España: Capitán Swing.
- Pariser, E. (2017). *El filtro burbuja. Cómo la red decide lo que leemos y lo que pensamos*. Ciudad de México, México: Taurus.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Rouvroy, A. y Berns, T. (2018). Gobernabilidad algorítmica y perspectivas de emancipación: ¿lo dispar como condición de individuación mediante la relación? *Revista Ecuador Debate*, 104, 124-147.
- Sadin, É. (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un anti-humanismo digital*. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.
- Sadin, É. (2018). *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.
- Sadin, É. (2017). *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.

- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.
- Wachowski, L. y Wachowski, L. (Directoras) (2003a). *Matrix Reloaded* (película). Warner Brothers.
- Wachowski, L. y Wachowski, L. (Directoras) (2003b). *The Matrix Revolutions* (película). Warner Brothers.
- Wachowski, L. y Wachowski, L. (Directoras) (1999). *The Matrix* (película). Warner Brothers.
- We Are Social (2021, 27 de enero). *Digital report 2021: el informe sobre las tendencias digitales, redes sociales y mobile*. Recuperado de <https://wearesocial.com/es/blog/2021/01/digital-report-2021-el-informe-sobre-las-tendencias-digitales-redes-sociales-y-mobile/>
- Zuazo, N. (2018). *Los dueños de internet*. Buenos Aires, Argentina: Debate.
- Zuazo, N. (2015). *Guerras de internet*. Buenos Aires, Argentina: Debate.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Barcelona, España: Paidós.